

Reseña de libros

FIGUEROA GARAVAGNO, Consuelo, 2009, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930*, Santiago: Ediciones DIBAM. 152 pp.

La emergencia de la explotación minero-carbonífera de orden capitalista moderno verificada hacia mediados del siglo XIX en la zona de Arauco –en ese entonces región fronteriza del Estado chileno con las comunidades mapuche– se transformó en una fuente importante de desarrollo proletario. Las ciudades mineras de Lota y Coronel, caracterizadas por precarias condiciones de vida, falta de higiene, escasez de viviendas y control total ejercido por las compañías propietarias del mineral sobre los trabajadores y sus familias, así como por la ausencia permanente de políticas de Estado que regularan ese tipo de deficiencias, motivaron la organización y consolidación de movimientos obreros de gran impacto tanto regional como nacional.

Diversos son los estudios que han abordado, desde una perspectiva histórica, sociológica o literaria, los procesos que se han desarrollado en la zona. La mayoría de ellos atiende temáticas como las formas de producción, el impacto del carbón en el desarrollo económico nacional, las condiciones laborales y de vida de la población o el influjo ejercido por los movimientos obreros de la denominada «zona roja», describiendo a la región desde aspectos básicamente masculinos. Consuelo Figueroa, en *Revelación del subsole*, profundiza y reivindica una visión diferente. Allí, el análisis es de carácter relacional respecto de las acciones tanto de hombres como de mujeres que ocurren en lo que la autora denomina espacios de la subterra y del subsole. Siguiendo la metáfora del escritor naturalista Baldomero Lillo, estos espacios se refieren a las dinámicas que se desarrollaron en la ciudad de Lota. La obra de este autor, *Subterra* (1904), hace mención al mundo minero, mientras que *Subsole* (1907) expone diversos relatos de vida fuera de las actividades extractivas carboníferas. A través del uso de estos conceptos la autora denomina los espacios de la sociedad minera de forma distintiva.

El estudio está constituido por un eje transversal, un reclamo irreductible que emerge de la invisibilidad historiográfica a la cual han estado sometidas las mujeres, producto de la perenne preeminencia de lo que tradicionalmente se concibe como público o político. Analizando las relaciones que se producen entre acciones y discursos provenientes de las empresas, trabajadores, mujeres y, eventualmente, organismos del Estado, la autora reivindica los espacios privados como públicos y políticos.

Las densidades reflexivas de esta obra se sumergen en el caudal de la política moderna, en la que prevalece la distinción clásica entre lo público y lo privado, donde lo primero –asociado a la igualdad y la libertad– calzaría con lo masculino, en tanto que el espacio particular de la subordinación o exclusión lo haría con lo femenino y familiar. Así, aunque en un principio la población femenina gozaba de altos grados de autonomía de acción, las compañías mineras, en paradójica concordancia con las organizaciones de trabajadores, comenzaron a implementar políticas tendientes a recluir a las mujeres en los espacios privados, en un afán de despojarlas de lo que se concebía como lo público y lo político. «A las mujeres les fueron paulatinamente adjudicadas, como papeles propios y excluyentes, actividades como la crianza de los hijos, la alimentación y cuidado de la familia y el aseo y mantención del hogar, asumiendo una importante función en la formación de las relaciones de género que allí se establecieron» (p. 43).

Esta distinción público/privado intenta discernir cuáles serían las diferencias que merecen un reconocimiento público o representación política y cuáles serían irrelevantes, en tanto ancladas en la identificación con lo privado. Sin embargo, las acciones del subsolo, estructuradas desde lo particular, lograron reposicionarse desde la «reclusión», lo que les permitió negociar –políticamente– sus propios beneficios.

La obra distingue tres períodos. El primero –desde mediados hasta las últimas décadas del siglo XIX– es caracterizado como una sociedad de frontera en el sentido más extenso de la palabra; esto es, baja o nula presencia del Estado, foco de atracción para «vagabundos» y forajidos, empleo ocasional, desórdenes, conflictos y desarraigo. En este lapso de tiempo, y a raíz del inicio de la explotación carbonífera, se habrían ido configurando los primeros asentamientos urbanos, congregando a hombres y mujeres en torno de esa actividad. Ellos, abocados a las labores extractivas; ellas, a trabajos –remunerados– de tipo comercial (lavanderas, prostitutas, bodegoneras y otros).

En un segundo momento –las dos primeras décadas del siglo XX–, se empiezan a verificar las primeras iniciativas de control aplicadas por las empresas como un medio de domesticación de sus trabajadores a través del control familiar. El objetivo era desincentivar los

desórdenes producidos por los juegos y el alcohol, para lo cual hubo de restringirse los espacios laborales femeninos y propender a la conformación de familias tradicionales, en las que el hombre actuaba como proveedor y la mujer como esposa, madre y dueña de casa. Estas políticas estuvieron estrechamente vinculadas con la expansión de las ideas eugenésicas, las que –en términos represivos o disuasivos– impusieron un discurso hegemónico que realizaba el papel de las mujeres como protectoras del orden familiar y reproductivo, otorgándoles una legitimidad asociada con los nuevos roles.

Pese a los intentos de domesticación y control, este discurso fue apropiado por las mujeres, quienes constituyeron nuevos espacios de negociación. «El nuevo ideario discursivo, a pesar de restringir en estos aspectos las libertades femeninas, ofrecía nuevas actividades que les otorgaban un estatus social reconocido en términos positivos por los otros sujetos, validando su presencia y acción en una sociedad dependiente de la actividad carbonífera, eminentemente masculina» (p. 145).

Es en el tercer período, que se inicia en 1920 con la «huelga larga» desatada ese año, que el protagonismo femenino, lejos de haber sido aplacado, cobra especial relevancia en los «macro-espacios-públicos» a partir de su presencia masiva en los movimientos huelguísticos y manifestaciones públicas. Sin embargo, luego de terminado el conflicto, las políticas –provenientes tanto de las empresas mineras como de las organizaciones de trabajadores– vuelven a converger en discursos que propendían a la reclusión de las mujeres a los espacios domésticos familiares. Las relaciones, sin embargo, no volverían a ser las mismas que antes.

El soporte documental con el que trabaja la autora devela una línea temática original e inédita. El análisis y la reflexión que se plantea en esta obra resulta una importante contribución a la historiografía, puesto que coloca en valor los procesos de construcción de identidad(es) y la trama de relaciones desde una perspectiva de sociabilidad y de género, los que, como sabemos, no se forjan de manera aislada, sino que se cimentan desde las redes de poder y de solidaridad que se gestan, en este caso, en la sociedad carbonífera.

Sin duda, esta obra se nos presenta como un rescate histórico de gran envergadura, que da a conocer las dinámicas, actividades e iniciativas producidas por las mujeres en relación con los otros sujetos del contexto descrito. El reconocimiento –o revelación– del subsole permite recorrer las experiencias, discursos impositivos y prácticas de la sociedad del carbón desde el entramado de relaciones sociales fundadas en un complejo engranaje signado por las categorías de clase y género que se fijaron entre los espacios del subsole y de la subterra.

Ahora bien, cabría preguntarse por otros discursos y otras experiencias en los que se evidencien nuevas dinámicas de las mujeres y de otros sujetos con los cuales debieron hacer frente a las negociaciones, divergencias, cooptaciones y resistencias que se gestaban en los conflictos y en la vida cotidiana. La invitación es a insistir en la profundización de estos estudios de modo que nuevas lecturas continúen dando cuenta de análisis comprensivos e inclusivos que enriquezcan el rescate histórico.

Camila Santin

Universidad Diego Portales, Chile